**MISA EXEQUIAL DEL RVDO. D. JOAQUÍN VALCARCE BARDÓN**

**S.A.I. Catedral, 3 de abril de 2018**

El Señor llamó a su presencia a nuestro hermano sacerdote D. Joaquín cuando esperaba en el Hospital de León para ser intervenido quirúrgicamente a causa de los efectos de una reciente caída. Casi por sorpresa se fue de entre nosotros. Para los que hemos convivido de cerca con él, nos queda el recuerdo de su sonrisa, su simpatía y amabilidad. Estas cualidades humanas ayudan al sacerdote a mostrarse cercano a los files y allanan el camino del encuentro con el Señor. D. Joaquín, a pesar de haber desempeñado cargos importantes en el obispado de Astorga, nunca fue distante ni displicente con sus compañeros o con aquellos a quienes la iglesia le había encomendado servir.

D. Joaquín nació en esta ciudad de Astorga a la que amaba con todo su corazón. Se ordenó sacerdote en el año 1952 ejerciendo el ministerio sacerdotal al servicio de la diócesis durante sesenta y cinco años. Persona culta y preparada en teología y derecho canónico por las Universidades de Comillas, Salamanca y Navarra comenzó su ministerio sacerdotal como Capellán del Colegio de la Inmaculada de Ponferrada en el año 1955 y coadjutor de la parroquia de Flores del Sil. En el año 1962 fue nombrado Director Espiritual del Seminario Menor de la Bañeza. A partir del año 1968 su misión pastoral estará estrechamente unida al ministerio del obispo como colaborador directo en la Curia donde desempeñó los oficios de Notario, Juez prosinodal, Vicecanciller y Canciller-Secretario General y desde el 2001 Vicario General sustituto. Era canónigo de esta Santa Apostólica Iglesia Catedral. D. Joaquín no sólo era hombre de despacho curial, también desempeñó cargos pastorales: Fue Capellán del Colegio de Sordomudos de Astorga desde el año 1979, y en 1993 fue párroco de Brimeda y Sopeña de Carneros. En el año 2013 se jubiló y pasó a residir en la Casa Sacerdotal de Astorga.

Demos gracias a Dios por el ministerio sacerdotal de D. Joaquín, por su buen hacer y por su fidelidad a la Iglesia. Le conocí ya anciano en la Casa Sacerdotal de Astorga con las limitaciones propias de la edad. Pero conservaba su pose de señor, su exquisita educación y su gracia y agudeza como buen astorgano. Descanse en paz.

Los textos de la Palabra de Dios que acabamos de proclamar, propios de este martes de la Octava de Pascua, nos invitan a profundizar en el Misterio de la Resurrección del Señor. En la primera lectura de los Hechos de los Apóstoles, Pedro suscita la fe en Jesús resucitado en el auditorio que escucha su testimonio. Les invita a la conversión y al bautismo. Aquella primera predicación de Pedro tuvo tal éxito que san Lucas concluye que aquel día se les agregaron unos tres mil. En el evangelio según san Juan se nos relata la aparición de Jesús a María Magdalena el día de Pascua.

María Magdalena llora desconsoladamente porque, al encontrarse con el sepulcro vacío, ha perdido todo signo visible en este mundo de Jesús a quien había seguido fielmente hasta el pie de la cruz. Las lágrimas de María Magdalena se siguen derramando hoy. ¡Cuánto dolor se produce en el corazón de las personas, especialmente de las madres, que buscan a sus hijos, no encuentran ningún rastro de su existencia y no lo encuentran porque han desaparecido! La pena y las lágrimas de María Magdalena representan la situación de los que viven anclados en el pasado, en el viejo orden. Ella sigue en el viernes santo y esta situación le impide abrirse a la novedad de la resurrección de su amigo. Sigue el pensamiento y la lógica humana que le dice que, al no encontrar el cadáver de Jesús, alguien lo pudo haber llevado. No piensa en que Dios puede actuar con su poder y misericordia y resucitar a Jesús de entre los muertos.

Jesús sale al encuentro de María y la llama por su nombre ¡María! Ella reconoce su voz y es entonces cuando cesan las lágrimas, la pena y la búsqueda. Aparece la nueva fe en Jesús que está vivo. A partir de la experiencia de la resurrección, María y los demás discípulos mirarán al Señor con nuevos ojos y verán las realidades de este mundo desde los ojos de Cristo resucitado. En la mañana de Pascua, dice el Papa Francisco en la Encíclica la *Luz de la fe,* se pasa de Juan que, todavía en la oscuridad, ante el sepulcro vacío, «vio y creyó» (*Jn* 20,8), a María Magdalena que ve, ahora sí, a Jesús (cf. *Jn* 20,14) y quiere retenerlo, pero se le pide que lo contemple en su camino hacia el Padre, hasta llegar a la plena confesión de la misma Magdalena ante los discípulos: «He visto al Señor» (*Jn* 20,18). (LF 30)

La fe en la resurrección de Cristo establece una nueva relación con Jesús. Reconocen que es el mismo que convivió con ellos y que murió en la cruz; pero su cuerpo ahora es un cuerpo transformado y glorioso. Esta nueva relación con Jesús será totalmente nueva; será mucho más profunda que la que tuvieron con él en Galilea y en Jerusalén. Ahora los discípulos entenderán las palaras de Jesús que no acababan de entender en la última cena Jesús: “Dentro de poco el mundo no me verá; pero vosotros me veréis y viviréis, porque yo sigo viviendo. Entonces sabréis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros” (Jn 14,19-20) Esta relación íntima con el Señor resucitado que los discípulos experimentan es la relación propia de todo bautizado. Santa Teresa de Jesús lo expresó bellísimamente en este poema:

“Alma, buscarte has en Mí,
y a Mí buscarme has en ti.

 Fuera de ti no hay buscarme,
porque para hallarme a Mí,
bastará sólo llamarme,
que a ti iré sin tardarme
y a Mí buscarme has en ti.

Nuestro hermano sacerdote, D. Joaquín, cada vez que celebraba la eucaristía y comulgaba el Cuerpo y la Sangre de Cristo se unía al Señor esperando que un día esa unión fuera ya definitiva. Ese día ha llegado. El Señor, en la noche del Domingo de Pascua lo llamó a su presencia para que, purificado de sus culpas por la misericordia infinita de Dios Padre, celebre eternamente la liturgia celestial contemplando a Dios cara a cara y gozando de su presencia por toda la eternidad.

A la Virgen María, Reina del cielo y de los sacerdotes, le pedimos que interceda y acompañe a nuestro hermano para que el Señor le muestre su misericordia y le dé su salvación.

† Juan Antonio, obispo de Astorga